

Historias Acuarianas Para Niños

Una semana en el país de las hadas por H. P. Nicholls

Estas aventuras ocurrieron durante una semana de vacaciones en la que Enrique y su pequeña amiga Leonor paseaban todos los días por el colorido campo semi tropical o la región montañosa de la soleada Sudáfrica.

Enrique visitaba con frecuencia el rancho de cítricos, el hogar de Leonor, que formaba parte de una enorme propiedad que abarcaba muchos miles de acres de pastizales, colinas y montañas. Amaba a todas las criaturas que vivían allí y vagaba libremente con ellas entre los queridos arroyos y colinas. Sentía que todas esas variadas expresiones de la creación eran parte de su propio ser. El silencio de la inmensa llanura era vida para su alma. Estaba intensamente vivo al latido palpitante de la naturaleza, a la maravilla del cielo azul y del dorado Sol. Vagando aquí con la belleza del campo ante él, era feliz y estaba en armonía con todas las cosas.

Con Leonor vagaba por el gran aire libre. A menudo hablaban de hadas, elfos, gnomos, náyades y sátiros. A veces pensaban que veían formas sombrías entre los árboles o cerca de los estanques sombreados. Y ahora una experiencia gozosa estaba a punto de ser suya: una semana de íntima proximidad a los esquivos Espíritus de la Naturaleza, hechos visibles a través del poder maravilloso de su amor por todas las cosas creadas.

Episodio 1

En el corazón de Sudáfrica se encuentra Zimbabwe, una agradable tierra alta, hogar de los nativos mashona y matabele, y también hogar de muchos colonos blancos. Favorecida por un clima benigno, esta tierra fértil atrae a muchos que aman el sol, el océano de espacios abiertos y una vida libre. Aquí, en la amplia llanura, el silencio reina al mediodía, y el Sol inunda la Tierra con su gloriosa luz durante todo el año.

En un valle amplio y espacioso, por el que corría un río profundamente encajado en la tierra fértil, se encontraba el escenario de estos sucesos. El rancho estaba situado en una ladera de suave pendiente. Hileras e hileras de cítricos, protegidos por altos eucaliptos o acacias, brillaban verdes y dorados, cargados de fruta deliciosa. Amplios caminos atravesaban los bosques y los surcos de riego plateados. Aquí y allá se dispersaban los hogares de techos rojos de quienes cuidaban los árboles y supervisaban el trabajo desde la floración hasta la cosecha.

Con vista a este paisaje, sobre una colina que formaba parte de una muralla de montañas protectoras, estaba la espaciosa casa del administrador. En el terreno había un rondavel (cabaña redonda) que estaba reservado para alojar a los visitantes. Muy fresca y cómoda era esta cabaña, situada entre los árboles y las flores.

Enrique, un poeta y amante de la Naturaleza, venía al rancho desde un pequeño pueblo acurrucado bajo las amigables colinas. A veces montaba su poni o caminaba las doce millas a través de la llanura. Conocía a los animales peludos que vagan por las llanuras, a los que viven bajo tierra y en los árboles, a los monos y babuinos, a las serpientes relucientes y lagartijas, a los antílopes y leopardos salvajes. Le eran familiares las costumbres de los nativos. De camino a la casa de su amiga, saludaba a un pastorcillo desnudo que estaba sentado bajo un arbusto sombreado tocando una flauta, matando el tiempo hasta la puesta del sol, cuando debía llevar el ganado a casa.

Leonor era una niña pequeña, alegre y despreocupada, que se sentía como en casa entre colinas y valles. También amaba la Naturaleza, hablaba con las abejas y las mariposas magníficas, y sabía los nombres de todos los pájaros, flores e insectos. Le encantaba vagar por los bosques de cítricos, bajar al río, subir por los barrancos y por las colinas rocosas donde vivían los conejos y los pequeños monos marrones.

Era el primer día de una semana de vacaciones. Sobre sus cabezas, el cielo brillaba azul, y el Sol brillaba como un disco de oro fundido. Leonor y Enrique, junto con Pat, el terrier irlandés, se fueron por el camino del ganado, empujando la puerta grande que se cerraba a sus espaldas. El sendero serpenteaba entre arbustos cubiertos de hermosas flores carmesí, pasaba por mimosas fragantes con pompones blancos y amarillos, árboles de espinas resplandecientes en sus nuevas vestiduras de hojas verdes y suaves, y los árboles violetas adornados con flores moradas. Aquí y allá, grandes árboles sombrilla, de copa plana y sólidos, se alzaban

como centinelas pacientes que custodiaban a los habitantes de la pradera. Pronto el sendero se hizo más tenue a medida que conducía sobre rocas y piedras cubiertas de líquenes.

Agachándose, Leonor y Enrique atravesaron un arbusto arqueado de jazmín blanco, cuyas espinas intentaban atraparlos al pasar. Debajo de ellos caía un arroyo brillante que destellaba bajo la luz del sol. El aire resonaba con el sonido de las alas de los insectos, y en lo profundo de una pequeña cueva sin sol estaba sentado un sapo toro que entonaba monótonamente: "Kraak, kraak, kraak". Los pájaros parloteaban alegremente y un halcón se elevaba en lo alto del cielo sin nubes. Allí los dos descansaron, receptivos en silencio, en sintonía con la paz de este hermoso claro del bosque, porque conocían el valor del silencio perfecto en la llanura. Para ver a los habitantes de los arbustos, uno debe ser capaz de permanecer tan silencioso como el martín pescador manchado, que se sienta en lo alto y vigila la charca, alerta pero inmóvil. Pat, el perro, dormía profundamente.

De repente, Leonor susurró a su compañero:

—¡Mira al otro lado del arroyo! Hay muchas figuras pequeñas moviéndose entre la hierba y entre los arbustos. ¿Qué son?

Enrique miró a través del arroyo danzante hacia el bosque de árboles y matorrales, rocas y pastos entremezclados. Allí, ante sus propios ojos, vio algo que apenas podía creer. Revoloteando de flor en flor y posándose en las puntas de las hojas había pequeñas figuras de dos a seis pulgadas de alto.

—¿Hadas? —susurró la palabra, esperando no asustar a esas suaves y sombrías criaturas.

Sí, eran hadas de verdad, los seres más queridos, pequeñitos alegres y graciosos que flotaban lentamente sobre alas de esplendor opalescente. Saltaban de hoja en hoja, de flor en flor, trepaban por los altos frondes de los helechos, jugaban al escondite entre los tallos de los lirios silvestres y se posaban sobre las anchas hojas de los nenúfares. Algunas eran opalescentes, otras de delicado color rosa, azul claro, amarillo y todos los tonos imaginables, brillando como los pétalos de las flores que fluyen. Delicadas como el cardo, ágiles como jirones de nubes, estas hadas de rostro feliz se entretejían entre los arbustos. Una miríada de criaturas parecidas a flores pasaron como una nube iluminada por el sol hacia la mística tierra de las sombras entre los árboles.

Leonor y Enrique se llenaron de alegría. Lentamente siguieron a sus pequeños visitantes y los encontraron amigables y sin miedo. Algunas montaban libélulas y abejas, y las flores les saludaban con la cabeza al pasar. Por todo ese valle había una atmósfera tranquila y silenciosa de regocijo. Gradualmente, el grupo de formas flotantes de hadas se movió hacia el denso bosque de arbustos y, como un enjambre de abejas, se dispersaron por todas partes, desapareciendo finalmente de la vista.

Leonor miró a Enrique, con los ojos aún muy abiertos por la feliz maravilla.

—Oh, sabía que los vería algún día. A menudo sentía que estaban cerca, y tenía razón. Ahora los he visto, y soy feliz.

Episodio 2

A la mañana siguiente resultó gloriosamente radiante. De hecho, la primavera estaba allí con todo su tierno despliegue de belleza. Durante la noche había caído una suave lluvia, y el sol naciente brillaba en los glóbulos de lluvia que colgaban como perlas luminosas de las hojas y las flores. El aire fresco y nítido era oloroso al aroma resinoso de los pinos. Las suaves brisas jugaban entre las copas de los árboles y alrededor de los arbustos, haciendo que las flores bailaran un majestuoso minué con el susurro del bambú plumoso. Serena y brillante estaba esta mañana, el comienzo de otro día.

Leonor y Enrique caminaron hacia las colinas. Avanzaron en silencio. Nada escapaba a su atención y cada vista y sonido les daba placer. Su sendero bordeaba la colina, donde enormes monolitos se alzaban desgarrados y desnudos en la ladera. Árboles viejos y nudosos mostraban signos de lucha contra los elementos. Silenciosos y fuertes, daban cobijo a pájaros y abejas y daban su sombra a todos los que la buscaban. Jóvenes árboles se elevaban hacia el aire primaveral. Arbustos y enredaderas formaban una maraña de maleza, de un verde reposado. Cada paso revelaba una belleza nueva, una nueva perspectiva a través de los árboles, y cada huida contaba la historia de un habitante salvaje que huía asustado por el suave paso medido de pies desconocidos.

Pronto un toque de Leonor llamó la atención de Enrique.

—¡Mira! —susurró—. ¡Oh, mira!

A su derecha, posadas en los arbustos cerca de su rostro, había tres de las hadas más hermosas. Una se deslizó ligeramente sobre su brazo, otra en su regazo, otra sobre su hombro. Gradualmente, estas hermosas formas comenzaron a revolotear desde todas direcciones: pequeñas criaturas coloridas vestidas con prendas que se parecían a los más delicados pétalos de flores. Todas tenían forma femenina, con rostros pequeños y delicados, algunas pálidas, otras de color oliva, algunas sonrosadas, otras ambarinas. Todas eran delgadas y de proporciones delicadas, exquisitas en todos los sentidos, de todos los colores y tonos conocidos excepto el morado oscuro, el marrón y el negro. Algunas eran opalescentes y multicolores, otras de azul claro, amarillo claro, blanco, verde, rosa, plata y oro. Otras brillaban como perlas, y sus alas de resplandor iridiscente destellaban como joyas iluminadas por el sol entre la hierba. Su cabello estaba delicadamente rizado y en sus pies llevaban pequeñas sandalias sujetas por correas cruzadas. Algunas no llevaban calzado. La mayoría llevaba sombreros hechos de flores en forma de campana. Todas tenían alas que se plegaban detrás de ellas.

Parecían deslizarse, flotar, cernirse como colibríes y moverse en cualquier dirección que eligieran. Al principio parecían tímidas, pero después de acercarse y retroceder, y luego acercarse de nuevo, finalmente se volvieron muy amigables. Cuando Leonor y Enrique se movían o paseaban suavemente, las hadas no se asustaban, pero ante cualquier ruido fuerte se volvían rápidamente hacia los arbustos y desaparecían. Muchas se elevaban hasta lo alto de los árboles. Parecían tocar cada flor y escarbar entre la hierba y los helechos. Era bastante evidente que no estaban de juerga ociosa, porque se notaba que atendían afanosa y suavemente a todo lo que crecía. Revisaban los arbustos a fondo y los visitaban mucho como las abejas visitan las flores, y era evidente que estaban haciendo algún trabajo específico. Leonor dijo que las que se posaban sobre ella tenían una fragancia delicada. No tenían miedo de Pat, que movía la cola y se movía entre ellas como si también pudiera ser consciente de su presencia.

Ahora el Sol comenzaba a brillar a través de las copas de los árboles, proyectando largas sombras a través del claro. La llegada de ganado desde las tierras más altas fue anunciada por el sonido de ramas que se rompían. Los pastores estaban recogiendo palos para sus fuegos. Gradualmente, las formas de las hadas se replegaron en el espeso arbusto hasta que, de las miríadas que Leonor y Enrique habían visto, no quedó ni una. Se regocijaron en la deliciosa experiencia que el día les había traído y con ella la convicción de que las huestes de hadas estaban en todas partes.

Episodio 3

Después del desayuno de la mañana siguiente, Leonor y Enrique, junto con Pat y Avispa, un pequeño terrier de nariz puntiaguda, partieron hacia una excursión al rancho vecino, que también era parte de la propiedad.

El amable administrador holandés y su esposa dieron la bienvenida a los vacacionistas. Disfrutaron de un almuerzo que les sirvieron en el fresco comedor de techo de paja con vista a las plácidas montañas. El brillante Sol, alto en el cielo, golpeaba la Tierra, las brisas susurraban en los altos árboles de acacia en la quietud peculiar de todos los países tropicales al mediodía, los rebaños dormían y los labradores cabeceaban bajo los árboles amigos. Toda la Naturaleza parecía dormir.

Enrique y Leonor, con Pat y Avispa, se adentraron en las colinas. Subiendo constantemente entre árboles nudosos y retorcidos, llegaron de repente a un espacio semicircular, una amplia llanura miniatura respaldada por una enorme masa de roca.

Enrique vio aparecer la primera hada. Parecía venir de la nada: una pequeña y delicada hada de color rubí, posada en la punta de una brizna de hierba. Gradualmente, todo el lugar se llenó de vida con una multitud de hadas. Se acercaron a Leonor y parecían felices de estar cerca de ella, miles de ellas, revoloteando y elevándose en el aire, posándose en hojas y flores, emergiendo de las hierbas enmarañadas y del musgo del suelo. El aire se llenó de una exquisita fragancia y vibraba con vida gozosa. Por primera vez, Leonor y Enrique se dieron cuenta de que las hadas trabajaban en grupos, cada grupo consistía en una multitud de pequeñas criaturas de diferentes colores. Todas parecían concentradas en una tarea definida, sin embargo, trabajaban sin gran prisa ni bullicio. Parecía como si tocaran o ministraran de alguna manera a todas las hojas y flores y tuvieran cuidado de no perderse ni una sola. Parecían muy felices y jugaban entre ellas. Varias de ellas se posaron sobre Leonor y revoloteaban de su cabeza a su hombro y alrededor de su persona

sin miedo. Si ella se movía perceptiblemente, desaparecían, solo para reaparecer cuando cesaba el movimiento. Con gran alegría, Leonor y Enrique observaron a este hermoso ejército marchar a través de la llanura iluminada por el sol. Brillante, iridiscente, de tonos arcoíris, vestidas con delicadas túnicas diáfanas de peso de telaraña, exquisitas en forma y dulcemente graciosas en el semblante, estas maravillosas y gentiles huestes de hadas recorrían las colinas avanzando hasta perderse de vista.

Esa noche bajo la Luna, otra vista maravillosa se presentó a Leonor y Enrique. Después de la cena, se escabulleron al jardín. Después de pasear un rato, llegaron al rondavel, tan agradablemente situado entre los altos eucaliptos. Junto al porche había un banco cómodo. Era una noche gloriosa. La Luna brillaba clara. De los pétalos blancos y cerosos de la flor de luna llegaba una fragancia exótica. La quietud de la mística noche africana los envolvía, una quietud hecha más evidente por los sonidos intermitentes, las voces agudas de los insectos y el golpeteo monótono de los tambores en el pueblo nativo. A veces, traído por el viento, llegaba el sonido de la cadencia de una canción nativa. Sin embargo, interpenetrando todo estaba el silencio intenso.

Discutiendo tranquilamente los acontecimientos del día, Leonor y Enrique estaban a punto de retirarse cuando Leonor dijo:

—¡Mira debajo de la euforbia! Hay algo que se mueve. No es un animal porque está erguido. ¡Oh, es un duende!

¡Y allí estaba! Aparecieron dos más, luego se vieron muchos moviéndose bajo las hojas en el macizo de violetas; pronto todo el jardín pareció cobrar vida. Ante los encantados ojos de Leonor y Enrique, un pequeño hombrecito marrón, igualito a los duendes de los cuentos, caminó hacia el espacio abierto iluminado por la luna frente al rondavel. Luego otros dos se unieron a él. Aparentemente estaban concentrados en examinar el pasto y remover las hojas de las diversas plantas. Medían unos cinco o seis pulgadas de alto. Uno llevaba gorra, otro iba con la cabeza descubierta. Sus alas eran grandes y de aspecto viejo; tenían rostros arrugados, cuerpos regordetes, brazos muy largos y piernas cortas. Algunos llevaban pequeños zapatos como mocasines, otros ninguno. Los duendes no tenían miedo de nuestros dos amigos y se acercaron hasta el banco donde estaban sentados. Por todas partes, en lo profundo de las sombras, se les podía ver, ocupados en alguna tarea entre las hojas de las plantas. Estas pequeñas criaturas solemnes detenían su trabajo a veces y se comunicaban entre ellas. Leonor quería quedarse a mirarlos, pero las horas en la propiedad eran tempranas. El rocío era fuerte, así que dijo buenas noches y entró rápidamente. Enrique siguió mirando a los pequeños hombres marrones mientras se movían silenciosamente entre las hojas. Una liebre saltó y se sentó en silencio por un momento, luego siguió su camino. Un búho ululó desde un árbol cercano. Por todo el follaje sombreado del suelo se movían los pequeños duendes. Enrique trató de ver exactamente lo que estaban haciendo, pero no pudo discernir la naturaleza de su trabajo. Cansado por el esfuerzo del día, regresó a la cabaña y pronto se durmió.

De repente, Enrique despertó y miró su reloj. Eran las tres de la mañana. Se puso una chaqueta gruesa y salió del rondavel. Aquí una vista novedosa se encontró con sus ojos: formadas en filas de tres, había muchas compañías de duendes. Parecían sentirse muy a gusto en el jardín, y Enrique supuso que trabajaban continuamente en un área determinada. Notó un hecho: los objetos sólidos como troncos de árboles, paredes y rocas no ofrecían obstáculo a estos pequeños hombres marrones, ya que caminaban directamente a través de ellos.

De repente, comenzaron a marchar, de tres en tres. Evidentemente, su trabajo había terminado por la noche. Sus movimientos parecían ordenados mientras se deslizaban silenciosamente y desaparecían entre las sombras profundas.

Al reingresar al rondavel, Enrique pronto se quedó profundamente dormido, a pesar de los extraordinarios sucesos que había presenciado.

Episodio 4

El jueves por la tarde, Leonor y Enrique se dirigieron a un rincón lejano de la propiedad. Era un área favorita de ellos debido a una amplia extensión de pradera, o tierra llana, en la que siempre veían antílopes pastando pacíficamente. El pasto siempre estaba verde en este pasto en particular debido al agua que se filtraba desde un kloof, o barranco boscoso en las colinas. No había ningún arroyo visible en esta hermosa y arbolada grieta de las colinas, pero había evidencias de que el agua fluía bajo tierra y, al dividirse en la base de las colinas, se extendía por la tierra que descendía suavemente hacia el río.

Junto al valle había un bosque denso, casi oscuro debido a la miríada de árboles cubiertos de enredaderas, lianas, musgos, orquídeas y varios tipos de parásitos. Entrando en el bosque por un sendero cafre, estrecho y sinuoso, avanzaron lentamente hacia el oeste. Aquí reinaba un silencio peculiar, excepto por el susurro de un pájaro en un árbol, el estrépito de un animal corriendo entre la maleza, el tap, tap de un pájaro carpintero, el zumbido de abejas e insectos alados. Era verdaderamente un laberinto, un bosque primitivo.